

# EL ÁRBOL GRI GRI

*Me siento en las ramas  
altas de mi gri gri:  
contemplarlo todo  
me gusta a mí.*

*Arriba de mi gri gri  
soy poderosa reina  
que se sienta en su trono  
y las ramas la peinan.*

*Me acurruco en las hojas  
mientras el viento sopla,  
y si los truenos truenan  
voy y beso la lluvia.*

*Soy del gri gri la reina  
y estoy al mando,  
y protejo mi árbol  
de malas manos.*



*Sola con un tesoro  
que es sólo para mí;  
escondida del mundo  
me quedo aquí.*

**N**O ERA NECESARIO QUE NADIE DIJERA QUE YO era distinta a todas las demás personas de nuestro pueblo. Quedó claro el primer día que me subí al árbol gri gri y me quedé allí durante horas.

—¿Qué le pasa a tu hija? —le preguntaban los vecinos a mami.

—No está bien de la cabeza —se respondían a sí mismos cuando mami se limitaba a encogerse de hombros.

Papi decía: no tiene nada de malo sentarse en un árbol. Es la misma cosa que sentarse en una galería sólo que más arriba.

A veces Roberto trepaba conmigo pero se aburría rápidamente y bajaba, aullando como un mono. Ángela movía la cabeza mirándome y decía que nunca sería una verdadera chica, porque las chicas no trepan a los árboles cuando tienen 12 años.

Ni siquiera Guarío lo entendía, aunque lo intentaba. Una vez me preguntó qué hacía yo arriba: eso fue

más que lo que cualquier otra persona se había aventurado a preguntar.

Le dije que miraba alrededor. Me preguntó si no creía que estaba derrochando el tiempo, cuando podía hacer algo para preparar mi futuro, como estudiar inglés.

Guarío siempre pensaba en el futuro. A veces yo tenía la impresión de que le aormentaba particularmente el que a nosotros nos diera igual lo que el mañana iba a traernos. Y en realidad, ¿qué había que saber? O llovería o no llovería. Pero seguro que iba a hacer calor, que mami iba a cocinar, que papi se sentaría en la galería y que la radio tocaría mengues todo el día. Eso seguro.

Además, yo ya sabía lo que quería hacer en el futuro. Quería ser escritora, pero sólo mami lo sabía. Si se lo hubiera dicho a Guarío, hubiera comentado que era poco razonable. Si se lo hubiera contado a algún otro, se hubiera reído. Pero en mi árbol gri gri, yo podía ser cualquier cosa que quisiera ser, una escritora incluso, una escritora con palabras para todo lo que yo veía desde mi umbroso y verde escondrijo.

Podía ver cómo la superficie de plata del océano destellaba bajo la luz del sol. Podía ver la gente que caminaba fatigosamente de un lado para otro el polvoriento camino de Sosta; algunos cargando cubos de



agua sobre la cabeza. Podía ver a los chicos que jugaban pelota en el patio de la escuela con la rama de un árbol y una pelota de goma. Podía ver el río serpenteando entre las rocas, hambriento de lluvia.

Allá lejos, en Puerto Plata, podía ver el monte Isabel de Torres, un gigante verde con blancos rizos que se enredaban en torno a su cabeza.

Podía ver la soñolienta laguna y las tristes casitas de la gente que por allí vivía. Podía ver los pájaros que pasaban volando por mi gri gri, con sus aterciopeladas plumas rubí y oro centelleando en sus diminutos cuerpos, y descubrir el arco iris que resplandecía sobre el mar, después de una tormenta. Podía contar las rosas del crepúsculo en el patio de la señora García. Podía ver a mi maestra subiendo la colina que daba junto a su casa, y a papi sentado en nuestra galería, dando cabezadas.

Un día, sin embargo, vi algo que no había visto nunca y que me atemorizó tanto que casi me caigo del árbol. Estaba mirando el mar cuando repentinamente salió de él un monstruo gigantesco, negro y enorme, cuya sombra cubría el sol. Pero antes de que pudiera emitir un grito, el monstruo volvió a sumergirse.

Me deslicé del árbol tan rápidamente como pude y corrí hacia la casa gritando:

—¡Papi, papi, hay un monstruo en el mar! Papi se despertó de su siesta:

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Un monstruo —repetí—. ¡Un monstruo gigantesco ha salido del mar y viene en esta dirección!

Volviéndome hacia la casa, grité:

—¡Mami, ven rápido! Hay un monstruo marino, ¡lo he visto!

Mami salió enseguida con Ángela tras ella. Iban secándose las manos porque estaban lavando los platos del almuerzo.

Todo el mundo me miró como si estuviera loca.

—¡Es verdad! —dije, saltando arriba y abajo.

Mami hizo que me sentara y que le describiera exactamente lo que había visto. Antes de que hubiera terminado, Ángela se lo había gritado a su mejor amiga, que pasaba por allí. Papi, por su lado, había llamado con la mano a algunos de sus amigos de las partidas de dominó y les contó lo que yo había visto desde la copa de mi árbol gri gri.

Pronto nuestra galería estaba rodeada de gente que me preguntaba y me pedía que repitiera mi historia.

Cuando la hube contado por cuarta vez, el señor García, el dueño del colmado, se empezó a reír.



—Te debes haber quedado dormida en el árbol y has tenido una pesadilla, cariño —dijo.

—No —repliqué, moviendo la cabeza—, lo he visto. Pero sus palabras habían causado un alivio general.

—Sí —se mostraron todos de acuerdo—, has debido imaginárelo.

—¡No, idiotas! —quise gritar—. No me he imaginado nada. Pero me aguanté porque a mami y a papi no les gustaba que yo les gritara a los vecinos ni les llamara idiotas. Eso seguro.

Mientras todo el mundo se sentaba en la galería para beber algo y hablar de mi monstruo marino, me escabullí y corrí hacia mi árbol gri gri. Oí que mami me llamaba, pero fingí que no había oído y subí rápidamente al árbol. Necesitaba averiguar si iba a poder ver otra vez lo que había visto antes.

Me senté en mi rama favorita y separé unas cuantas hojas de los ojos para mirar el mar. Lo miré tan intencionalmente y durante tanto tiempo que la gran masa azul llenó mis ojos y tuve que parpadear varias veces para no quedarme ciega.

Fue cayendo la tarde y el azul del mar se tornó lentamente gris mientras yo miraba y esperaba. El estó-

mago me hacía ruidos, pero los acallé apoyando la mano en él.

Entonces, cuando justamente empezaba a pensar que quizá lo había imaginado después de todo, vi un surtidor de espuma blanca. El surtidor subió y subió en el aire como si fuera una fuente mágica.

—¡Es un volcán! —susurré. Recordé que mi maestra nos había contado cómo muchas de las islas del Caribe se habían formado por volcanes que emergían del mar.

Estaba sin aliento. Puede que estuviera viendo el comienzo de una isla completamente nueva, que surgía en ese momento junto a la República Dominicana. Mientras seguía mirando, una forma negra surgió del surtidor de agua. Ascendió y se dio la vuelta como si estuviera bailando, y fue entonces cuando vi la reluciente garganta blanca del monstruo marino. Se sostuvo unos segundos entre el cielo y el mar y entonces cayó de nuevo al agua salpicando gotas saladas que ascendieron hasta las altas nubes rosas y perlas.

El corazón me latía furiosamente y me agarré con todas mis fuerzas al árbol para no caerme. Tenía razón: no había imaginado nada. De verdad había un mons-



truo marino allá fuera. Pero esta vez no me precipité árbol abajo para contárselo a todo el mundo.

Me preguntaba qué haría la gente. ¿Intentarían dar con él? ¿Quizá matarlo? De algún modo, aunque no sabía por qué, estaba segura de que el monstruo marino no era peligroso. Lo único que quería era nadar y salir del mar de un salto, del mismo modo que yo saltaba por encima de las olas.

Bajé del árbol y me dirigí a casa. Lo primero que quería hacer era comer, pero había gente por toda la galería que hablaba animadamente.

—¡Lo hemos visto, Ana Rosal—gritaron—. ¡Hemos visto ese gran monstruo marino tuyo!

Papi estaba muy ocupado sacando vasos, tazas, jarritas, todo lo que pudiera servir para tomar un trago de Coca-Cola y ron. Mami hacía circular una bandeja con dulce de leche: lo adoro. Me dio la impresión de que acababa de hacerlo, porque estaba todavía blando y tibio.

Los niños llevaban de un lado para otro grandes bandejas con diferentes cosas de comer que sus mamás habían preparado. Ángela les daba instrucciones para que pusieran la comida aquí o allí en nuestra gran mesa. Vi bandejas que contenían pequeñas montañas de arroz con pollo, plátanos fritos y baratas fritas.

El señor García me pidió disculpas una y otra vez. Unas cien personas más o menos se habían reunido en nuestra galería, en el patio y a lo largo del camino, y todas hablaban del monstruo marino.

—La temporada turística está a punto de comenzar —dijo el señor Rojas, dueño de un *Jeep* que alquilaba a los turistas—. No podemos permitir que sepan que tenemos un monstruo marino en la bahía de Sosúa.

—¿Pero por qué no? —preguntó la señora Pérez, que vendía cuadros en la playa—. Podría ser una atracción turística. Tal vez mucha gente decidiría venir sólo para verlo.

Hubo unos cuantos que susurraron «tiene razón, tiene razón» y otros dijeron «está en lo cierto, está en lo cierto».

Parecía como si fuera a haber una gran discusión en nuestra galería, justo como las que se producen cuando es año de elecciones presidenciales. De la manera que todo el mundo hablaba, pronto habría músicos compondiendo merengues sobre el monstruo marino y pronto habría fiestas justo como durante las elecciones.

Mené la cabeza y me limité a escuchar a todos mientras me servía un plato lleno de comida. Ese pobrecito monstruo marino, pensé.



Entonces la gente empezó a hacer un Plan. Cuando los dominicanos se reúnen y deciden hacer un plan, ¡presten atención!, porque hay planes y hay Planes, y ¡ése era definitivamente un PLAN!

Lo primero que la gente decidió fue que alguien tenía que vigilar al monstruo marino. Todo el mundo miró a su alrededor para ver quién iba a ser voluntario. Entonces fue cuando supimos que el PLAN no iba a funcionar porque nadie quería hacer algo tan estúpido como bajar hasta la playa y vigilar el mar.

Fue Ángela la que tuvo la brillante idea de que, dado que yo lo había visto primero, podía montar guardia desde mi árbol gri gri. Todo el mundo se volvió hacia mí y asintió con la cabeza.

—¡Vaya, por fin una buena razón para que esté arriba todo el tiempo! —oí que susurraba la señora García.

Papi me miraba y asentía con la cabeza, orgulloso de que su hija hubiera sido seleccionada para un trabajo tan importante. Yo dije:

—Está bien, lo haré.

Así que el PLAN continuaba. La mitad de la gente quería hacer carteles para anunciar que la bahía de Sosúa tenía un nuevo visitante y que ese nuevo visitante era una

especie de monstruo marino. La otra mitad de la gente sacudía la cabeza y decía no, no, es demasiado obvio.

—Tenemos que ser muy sutiles con un asunto tan delicado como éste —dijo la señora Pérez—. Podemos hacer una maravillosa historia sobre este monstruo marino, darle un nombre, convertirlo en un monstruo amistoso y entonces decírselo al mundo. De otro modo todo lo que haremos es meterle miedo a la gente y que nadie venga a esta parte de la isla.

Tenía razón en eso. Una historia sobre el monstruo marino era mucho mejor que un gran cartel con una flecha que dijera:

¡Por aquí para ver el monstruo marino de la bahía de Sosúa!

La idea en conjunto me dio ganas de reír. Qué diría Guario cuando llegara a casa y lo pusieramos al corriente de todo esto. Estaba impacientísima porque volviera del restaurante.

—¡Bien! —dijo el señor Rojas—. ¿Qué nombre le pondremos al monstruo?

—Y, además, ¿quién sabe escribir una historia sobre él? —preguntó el señor García.

La señora Pérez se encogió de hombros y dijo:



—No sé escribir muy bien, pero entre todos podemos hacer algo.

Entonces mami, que habitualmente se mantenía en silencio durante estas discusiones, habló alto y claro:

—Ana Rosa es quien mejor puede escribir una historia sobre el monstruo marino.

Me quedé sin habla. Ésta no era la mami que venía a raba el silencio.

La gente movió las cabezas de un lado a otro. “¿Una niña va a hacer algo tan importante?”, susurraban.

—Sí —contestó mami—. Démosle un cuaderno y escribirá en él una historia sobre el monstruo marino. Si no nos gusta, otra persona puede intentarlo.

El modo en que mami había dicho esto último, tan firme y definitivo, hizo que la gente asintiera con la cabeza:

—Bueno, no hacemos mal a nadie probando —dijeron.

Así que el señor García fue a su colmado por un cuaderno. Mami me lo dio; sus manos estaban tan frías como el río.

Mientras los mayores trasnochaban hablando en la galería, bebiendo y comiendo, entré y comencé a escribir la historia del monstruo marino. Lo primero que hice

fue intentar darle un nombre, pero no se me ocurría ninguno bueno. En lugar de ello, comencé a pensar en su pecto, y luego a imaginar lo que debía ser vivir solo en el mar, siendo tan diferente de todas las demás criaturas.

Los peces y los otros animales se sentirían probablemente amedrentados por su tamaño, su gran nariz y su larga cola resallante. Y lo más probable es que no quisieran jugar con él. Quizá comentaran entre susurros lo estrafalario de su aspecto. Pero el monstruo marino quería un amigo: muy dentro de mí, yo entendía perfectamente cómo debía sentirse.

Comencé a escribir. Escribí página tras página en el cuaderno que el pueblo me había dado. Cuando terminé era casi media noche. Salí a la galería; todo el mundo estaba todavía allí riendo y hablando y algunos bailaban con la música de la radio.

Los niños estaban dormidos en los regazos de sus padres. Algunos de los niños mayores dormían sobre una manta en el suelo y el merengue era como una especie de canción de cuna para ellos. Cuando la gente me vio se hizo el silencio. Alguien apagó la radio, otros despertaron a los niños que dormían en sus regazos. Papi se levantó de su silla y poniéndome un brazo sobre los hombros me condujo a la parte delantera de la galería.



Todo el mundo me miraba expectante. Allí estaba yo, temblando, sujetando el cuaderno que contenía mi historia contra mi corazón. Supe en ese momento que de eso se trataba: el mundo entero iba a saber de mí.

Dejé de pensar y empecé a leer. No miraba a nadie: ni a papi, ni a mami, ni a Ángela. Leí y leí y leí hasta que llegué a la última página de la historia. En ella, las otras criaturas del mar invitaban al solitario monstruo a una gran fiesta submarina, haciendo caso omiso de que no hay nadie como él e incluso de que su tamaño le hace derribar a muchos de ellos cuando mueve la nariz o la cola. «Y el monstruo marino es tan feliz que sale del océano de un salto, enviando olas que centellean alrededor de él en un gigantesco anillo de luz», concluí.

Levanté la vista y vi varias cosas a la vez: vi a papi sentado en el borde de su silla, abstraído y silencioso. Vi a mami con las manos unidas y la cabeza inclinada como si rezara. Vi a nuestros vecinos sonriendo y meneando la cabeza. Por último vi a Guario, que debió haber entrado en la galería mientras yo leía.

Fue el rostro de Guario en lo que me centré: sonreía. Mi grande y fuerte hermano mayor que se preocupaba de nuestro futuro, mi serio Guario que casi nunca son-

reía, dejó escapar repentinamente un grito de gozo y alzándose se puso a darme vueltas y vueltas en el aire.

—¡Hermanita, voy a comprarte un cuaderno nuevo todos los meses, pase lo que pase! —gritaba.

Cerré los ojos para no empezar a llorar allí mismo frente a todos los vecinos. Guario siempre cumplía sus promesas. Ahora podría escribir todo lo que quisiera, todo lo que había pensado o soñado o sentido o visto, todas las preguntas que me hacía. Estaba tan feliz que creí que saltaría tan alto como el monstruo del mar.

Entonces, de fondo, oí aplausos. La gente se había levantado de sus sillas y me aplaudía.

Oí gritos sobre lo buena que era mi historia y vi cómo la gente felicitaba a papi y besaba las mejillas de mami y les decía lo afortunados que eran de que yo fuera tan lista. Oí que mami decía que no tenía que ver nada con la suerte; hice una mueca y me dirigí a ella.

Mami puso un brazo sobre mis hombros y me apretó. —Vas a escribir muchas historias, ¿verdad, cara? —susurró en mi oído. Fue la noche más feliz de mi vida.

Todos nos olvidamos del monstruo marino hasta el día siguiente.

Un boletín de noticias de la radio anunció que una



ballena gibosa que se dirigía en grupo hacia la bahía de Samaná, para la época invernal de apareamiento, se había desviado hacia Sosúa.

—Pero la bahía de Samaná está sólo a dos horas en auto de aquí—dijo papi.

—Bueno, la pobre ballena no sabrá conducir—se burló mami.

Durante dos semanas nuestra ballena gibosa saltó y juguetó en la bahía de Sosúa hasta que finalmente puso rumbo hacia Samaná para unirse a las otras 3.000 ballenas que se trasladaban allí todos los inviernos.

Pero mientras estuve en Sosúa la contemplé cada día desde mi árbol gri gri. El hermoso monstruo marino blanco y negro me había ayudado a hacer realidad mi sueño. Amaba esa ballena. Le puse Guarío de nombre.